

EL VALS DE LOS GRANDES

Por EDUARDO HARO TECLEN

LA política mundial cada vez se parece más a su propia caricatura: a la opereta. El «vals de los grandes» en Bonn ha sido antiguo y sentimental. Uno de los más típicos cantables de la obra fue el dúo de la rosa, a cargo de Adenauer y De Gaulle. «La amistad entre Francia y Alemania —cantó el viejo canciller— es como una rosa de la que brotarán siempre flores y capullos.» Y el anciano general respondió, con acentos de Ronsard: «Nuestro tratado no es una rosa, ni siquiera un rosal: es una rosaleta. Una rosa sólo dura el espacio de una mañana. Y lo mismo una muchacha. Pero una rosaleta dura mucho tiempo, cuando se quiere». Con música de Strauss —que era austriaco, como Hitler— este diálogo hubiese adquirido una cierta categoría lírica. (Dejando aparte el coletazo de escorpión del cuando se quiere.) Krutchev, desde Berlín, ha contado el argumento de la obra en un discurso: los grandes cortejan a la vieja viuda alemana con el propósito de seducirla...». Intento de seducción al que él mismo no estaba muy ajeno cuando decía, en el mismo discurso: «Existe una competencia y una concurrencia entre el capitalismo y el socialismo, pero Alemania occidental no nos hace competencia. Apesar de la diversidad de nuestros respectivos sistemas, podemos ser óptimos amigos en negocios, porque los dos tenemos grandes posibilidades y enormes reservas».

En su papel de gran estrella de la opereta, Alemania, esta viuda alegre —la viuda de Hitler, que la dejó heredera de la derrota más beneficiosa que recuerda la historia— flirtea con todos, no se entrega a nadie, hace vagas promesas, despierta entre sus pretendientes un sentido de emulación. Se sabe dueña de grandes recursos; sabe que un equilibrio en Europa occidental es muy difícil de conseguir sin su presencia. Es una excelente política, y si esta política causa grandes destrozos en el conjunto de la alianza occidental no se le puede culpar a ella, sino a quienes han permitido que sea así. A los americanos en primer lugar, verdaderos autores del «milagro alemán»; a los franceses después, con su memoria corta que les permite aún decir que la amistad entre Francia y Alemania produce rosas sin recordar las rosas de sangre —uno se vuelve inevitablemente lírico con la lectura de los discursos de los «grandes»— que la Gestapo sembró en Francia hace tan pocos lustros.

Tregua y pacto

ES cierto que la política es realismo y no debe volver la vista atrás: en política sólo cuenta el futuro. Pero ante este espejismo de la reconquista sentimental de Alemania se pierde incluso el sentido de la realidad. Las conversaciones anglo-americano-soviéticas sobre la tregua nuclear se presentaban con excelentes auspicios. Las palabras de Krutchev en Berlín lo auguraban

así. Pero Krutchev aludió a otra posibilidad de tratado internacional: el de un pacto de no-agresión entre los países de la NATO y las potencias firmantes del Pacto de Varsovia. Krutchev no dijo claramente que condicionaba la firma del acuerdo nuclear a la del pacto de no-agresión, pero la mayor parte de los observadores políticos occidentales creen que esta condición se presentará en el curso de las conversaciones de Moscú. Lo cual, prácticamente, impediría ningún acuerdo. Hay varias razones para ello, menos la que comúnmente se esgrime en Estados Unidos. Una razón posible es que Estados Unidos y Gran Bretaña no pueden imponer tal clase de pacto a sus aliados de la NATO entre los cuales Francia y Alemania occidental se opondrían inmediatamente. Es una razón aparentemente válida —aunque no podemos negar que la hegemonía de Estados Unidos dentro de la NATO sigue siendo suficientemente fuerte como para imponer una decisión propia—. Pero el gran obstáculo que se hace aparecer ahora es que la firma de este pacto entre los dos bloques implicaría un reconocimiento implícito del Estado de Alemania del Este, lo cual sería una ofensa para la Alemania del Oeste. Es en este punto donde el realismo se pierde o desaparece. El Estado de Alemania del Este existe, es una realidad: la prueba es que no se le puede eliminar, y que el propio Kennedy en uno de sus discursos alemanes ha dicho que no hay que pensar en la reunificación de las dos Alemanias. Y el hecho de molestar a la Alemania del Este no es suficiente para eliminar una esperanza de paz.

El "apetito nuclear"

HAY un país que parece inclinado a aceptar incluso el tratado de no-agresión entre los dos bloques: la Gran Bretaña. Macmillan parece dispuesto a toda clase de concesiones con el fin de conservar su prestigio y el de su partido —puesto que la opereta que se está desarrollando en Gran Bretaña, o más bien vaudeville, está terminando en tragedia— a base de conseguir unas mejores relaciones con la URSS. La oposición laborista está apretando en este sentido. Wilson ha hablado ya de «el apetito nuclear de la Alemania del Oeste» (diciendo que la creación de una fuerza nuclear multilateral sería una forma de estimular ese apetito) y ha explicado en el curso de un debate en los Comunes que «la cuestión del armamento nuclear de Alemania es la clave de todo el problema de la tensión Este-Oeste y del problema más amplio aún de conseguir una paz duradera».

A pesar de la opinión británica, es seguro que en una reunión de la NATO que tratase de este problema se decidiría no aceptar la firma de tal pacto. En realidad, tal discusión se ha celebrado ya, puesto que en la reunión de Atenas se trató del asunto —la idea del Pacto es antigua y Krutchev no ha hecho ahora más que actualizarla y aparentemente ligarla a la firma del acuerdo sobre pruebas nucleares— y se rechazó casi unánimemente.

La crisis y las crisis

COMO se ve, el vals de los grandes en Alemania, y por culpa de Alemania —o de la situación actual de Alemania— ha venido a deteriorar una situación internacional que parecía excelente. Los discursos de Kennedy en Berlín han contribuido grandemente a ello. Eran unos discursos forzados: Kennedy tenía que responder a De Gaulle y las advertencias francesas de que Estados Unidos en algún momento de su historia futura podrían abandonar a sus aliados para evitarse el riesgo de una guerra nuclear. Kennedy tenía que garantizar a sus aliados que esto no era así, y después de la famosa «declaración de paz» hecha en la Universidad americana de Washington, los discursos de Berlín fueron casi una declaración de guerra. Sin duda hay algo en el aire de Alemania que vuelve a la gente bélica.

En realidad, todas las alianzas interiores actuales, tanto en el Oeste como en el Este, están en un momento de crisis. La famosa «crisis del deshielo» se está prolongando, y los bloques, los «icebergs» formados con el frío de la guerra fría, se desmoronan. No sólo ocurre esto dentro de las alianzas, sino también dentro de todos los países: se está produciendo un turno de poderes. Hasta que esta situación no se asiente será difícil saber cómo evolucionarán los grandes problemas de la tensión internacional. No hay que fiarse de las palabras de ahora: son aires de opereta.